

El Espíritu de la Marcha

(Poesía libre conmemorativa de La Desbandá. Málaga-Almería, febrero de 1937)

Camino solo entre la multitud silente. Yo los veo. Ellos no me ven.

El gentío es un cauce desmadrado que avanza lentamente, a pesar de la prisa.

Es un lobo malherido, que en el camino va dejando su sangre, sus entrañas.

La última esperanza de República y libertad se evapora como el aliento en el frío.

Las bombas y metralas, ahora, son ruido blanco. Solo tengo oído para el llanto de los niños asustados y los ancianos desahuciados. Esto no puede estar sucediendo, pero sucede.

La costa es una serpiente en desbandada. Doscientos kilómetros de miseria.

Infamia que ya se cobró veinticinco vidas por kilómetro, pero, aún, no la mía.

Voy a sobrevivir. Alguien tiene que contarlo. Aquí ya no quedan fotógrafos ni reporteros.

Tomaron sus fotos y testimonios y se fueron a por seguro, después del último bombardeo.

Por tierra, por mar y por aire escupieron su odio, banderas propias y extranjeras.

Yo lo he visto. No sé si van a creerlo. Yo no puedo. Tengo que contarlo.

Camino solo. Yo los veo, pero ellos no me ven. Marchan con las miradas extraviadas.

Quizás sus memorias se detuvieron en las casas y en los campos que dejaron atrás, o sus miradas se perdieron en los ojos de sus seres queridos, que los cerraron para siempre.

Yo los veo. Marchando. Allá abajo, Almería ya se adivina. ¿Y después qué? Vae victis.

Nubes caprichosas me estorban la contemplación o, quizás, son mis lágrimas.

Cada vez son menos, pero van a llegar. No sé qué les espera. No los voy a olvidar.

Aún veo sus espaldas encorvadas, cada vez más lejos, cada vez más pequeñas.

Van a llegar. Yo los veo. Ellos no me ven. Quizás, yo ya esté muerto.